



La primera palabra

Me concedo a mí misma la primera palabra, como gracia, para no ser tergiversada o malinterpretada. Ya, después, que se devanen los críticos los sesos con total libertad. Y se batan en duelo con mi libro. O entre ellos. O contra el enemigo común, la crítica. Me concedo a mí misma la primera palabra, para dar algunas explicaciones, básicas y modestas, a los hombres, a los que les presento un tema para ellos inexplorado. Y a las mujeres, a las que les confío una cuestión muy apreciada por ellas.

Imagino que habréis leído *Chérie* de Goncourt, tanto novela como prólogo. El prólogo es ambicioso y la novela, insuficiente. El prólogo promete mucho y la novela cumple poco o nada. ¿Por qué? Me lo he preguntado más de una vez. ¿Cómo es posible que el avezado observador de *Germinie Lacerteux*, de *Manette Salomon* y de *La Faustin*, haya podido fallar tan estrepitosamente con la naturaleza, mental y física, de *Chérie*? El prólogo





desvela el misterio: Goncourt nunca llegó a analizar a una muchacha de carne y hueso, como sí tuvo la oportunidad de hacer con la criada neurótica, la modelo o la actriz. En este caso, acudió a los libros de confesiones. ¡Como si las muchachas se confesaran con alguien! Ya sea madre o amiga. Ya sea novio o literato empírico. Hermética como un gusano de seda en un capullo, tejido por la obediencia social, por una educación extraña y cambiante, por una modestia forzosa, por una ignorancia obligada y por una inexperiencia a cualquier precio. Y, después, una fuerza contraria de propulsión arrastra a la muchacha a orbitar alrededor del sol del matrimonio. Una joven se educa bajo preceptos morales muy complejos. Tiene que vivir relacionándose con hombres, pero atendiendo a que entre ambos no nazca una conexión profunda. Tiene que ser capaz de adivinar cualquier cosa, después de haber sospechado todo y, aun así, fingir ignorancia. Tiene que tener un apetito ardiente y abrumador, un deseo inmenso y un ansia incontenible por atarse a un hombre. Y, a la vez, tiene que ser fría e indiferente. *El libro de la Rosa* se transforma en *El drama de la Rosa* cuando la dulce flor, oculta tras las trincheras y murallas de la virtud, anhela un pretendiente con ferviente deseo.





Este conflicto interior, impuesto a la muchacha por un imperativo inherente a nuestra propia existencia, la vuelve profunda, apenada, a menudo melancólica y siempre escéptica. Nadie como una joven experimenta los padecimientos y las insatisfacciones de la lucha por la propia conservación a diario. Vive constantemente alerta, camina con pasos cautelosos, no revela fácilmente los recovecos de su alma, y los enigmas de su espíritu permanecen impenetrables. Nadie siente con más intensidad la vida de lo que lo hace una joven, con un contraste, a veces cómico y, a veces, trágico. Esa mirada, baja o distraída, tiene una capacidad de observación inmejorable. Esas cabecitas rubias que, en teoría, no piensan en nada, poseen una poderosa intuición y una memoria prodigiosa. Esos bellos ángeles soñadores, por exigencia defensiva, se convierten en coleccionistas implacables de experiencias humanas. Amargas son las batallas en la vida de una mujer. Y es que las palabras de desaliento que pronunció el Santo Job parecen basadas en ella.

A día de hoy, yo también he pasado este dramático período de la vida. O, más bien, diversos avatares me han permitido una presencia más prolongada en el mismo. Como acompañante, a través de maravillosas y variadas perspectivas de





jóvenes de toda clase, de toda índole y de toda ascendencia. En este magnífico herbario humano, donde las escasas malas hierbas aristocráticas se entrelazan con vigorosos claveles burgueses, y donde el pasto enfermo es superado por una planta en flor, a la cual yo he visto vivir, crecer y ramificarse, deslizándose y penetrando por todas partes. Todas esas muchachas han formado parte de mi vida. Han llegado. Se han alejado. Han desaparecido. Han abrazado la felicidad o la muerte. Algunas incluso la felicidad en la muerte —aunque su presencia ha permanecido viva en mí—.

Y, si yo tuviera la capacidad de evocar a todos y cada uno de los fantasmas que me persiguen y se acumulan en mi mente, ¡qué procesión de jóvenes la conformarían! ¿Esto ocurre porque los recuerdos se hacen más vividos a medida que nos alejamos de lo recordado? ¿O porque la memoria joven está más alerta, más agudizada y más sana? ¿O por la gran capacidad de observación que tienen las jóvenes? Que los filósofos positivistas resuelvan el misterio. Por lo que a mí respecta, en la escritura de este libro, me he basado en la memoria. Y tanto en mi corazón como en mi persona, todas habéis dejado una huella, una impronta, una presencia. Vosotras, almas femeninas, que vivisteis conmigo en un determinado momento,





día y año. Vosotras vivís en mí, tal cual erais entonces, en los pasillos y en las aulas de la escuela de magisterio; en las oficinas del Telégrafo; en los balcones de la provincia de Santa María, donde crecen las acacias y los amores, y en las terrazas de Nápoles, donde se juntan la añoranza de un mar lejano y de las guitarras suplicantes. Cada vez que, para dar vida a la protagonista de una novela, intento recomponer el marco conceptual y genérico de una joven, cada una de vuestras voces resuena a coro en mi cabeza, lejanas amigas, felices o infelices. Es un bullicio confuso, como lo fue antaño. ¿Lo recordáis? Yo lo recuerdo, tan nítidamente y con tanta intensidad, que todo mi ser tiembla. Una agitación de ternura y de llanto estremece mi alma. Todas estas voces que vienen del pasado, todas estas manos que se extienden hacia mí desde tiempos pretéritos, todas estas visiones tan precisas de lo que ya no está, o de lo que ya no es, me arrastran, me turban y me despojan del sosiego necesario para escribir una novela siguiendo las reglas establecidas.

Y es por eso que mi intención no es escribir una novela. No quiero crear un arquetipo. No quiero explicar una cuestión relativa a la ciencia del comportamiento. Quiero ahondar en la memoria, en el lugar donde los recuerdos se





ordenan en capas que se superponen, como los restos geológicos de vida en la corteza terrestre, y entregaros el texto tal cual llega a mí, sin reescribir seres imaginarios. Os entrego una historia sin protagonistas. O mejor dicho, donde todas son protagonistas. Desconozco si actúo dentro de las leyes del arte. Desde el primer día que cogí una pluma, nunca me ha interesado nada que no fuera ser una fiel y humilde narradora de mi memoria. Me he fiado del instinto, y no creo que me haya fallado. De hecho, creo haber oído que, en las antiguas tragedias, el coro era el protagonista. Y haber leído que, en las comedias de Aristófanes, el protagonista era el pueblo. Así que el instinto me ha guiado y aconsejado bien.

Reflexionando ahora, y corrigiendo el borrador del libro, me parece amar y preferir esta novela sobre todo lo que he escrito con anterioridad. He escrito una novela coral, en la que todas contribuyen al desarrollo y cuya esencia reside en el grupo. Y no me arrepiento. En lugar de fabricar a una joven, he evocado a todas mis compañeras de juventud. En vez de construir una heroína, he recordado tiempos pasados junto a mis amigas. Es una ilusión amarga y dulce a la vez, plasmada en este papel.





Con todo esto, pocos libros se habrán escrito con más amor, con más ternura y con más emoción que este. Mientras la velocidad impetuosa de mi pluma atravesaba estas páginas, vosotras atravesabais mi alma. Con la cara de ayer, con la voz de otro tiempo, queridas. Yo también tenía otra cara y otra voz mientras escribía. Aquellas *de entonces*. Lo ya cambiado tornaba a lo que un día fue. Lo percedero se reanudaba. El dolor reía y la muerte hablaba. Después de que la vida os hubiera vapuleado dolorosamente, recobrabais la alegría primigenia. Y vosotras, las que estáis muertas, os materializabais vivas. Juntas vivimos la vida en este libro. Yo lo he escrito y yo os lo obsequio.

¡Dichosa la que, de entre vosotras, pueda leerlo sin derramar lágrimas!

Octubre de 1885
MATILDE SERAO

